

**IT'S
SO
EASY**

**(Y OTRAS
MENTIRAS)**

**DUFF
MCKAGAN**



Miembro fundador de los Guns N' Roses, Loaded y Velvet Revolver, Duff McKagan comparte en este libro la historia de su ascenso a la fama y la fortuna, y sus luchas con el alcoholismo y la adicción a las drogas, así como su accidente con quemaduras, y su ulterior transformación.

En 1984, a la edad de veinte años, Duff McKagan dejó su Seattle natal en busca del mundo de la música, escapando principalmente de una sobredosis de heroína que afectó a su grupo más cercano de amigos en la escena punk local. En Los Ángeles, al cabo de unas pocas semanas y viviendo en su automóvil, respondió a un anuncio de búsqueda de un bajista colgado por alguien que se identificó solamente como «Slash». Poco después, se uniría a los Guns N' Roses, considerada la banda más peligrosa del mundo.

En *It's So Easy*, Duff McKagan relata la trayectoria poco probable de los Guns hacia una serie de álbumes multiplatino, conciertos en estadios con las entradas agotadas y un reconocimiento unánime de la crítica. Pero ese tipo de gloria suele pasar factura, y lo hizo, en última instancia en Duff pero también en la misma banda. Cuando el grupo comenzó a romperse, McKagan sintió que él también había terminado. Su muerte cercana como resultado del alcoholismo resultó ser su punto de inflexión que lo llevó a un camino de no retorno hacia la sobriedad a partir de unas decisiones transformadoras personales que entonces hizo.

Con una voz tan honesta como indeleblemente suya, Duff McKagan, una de las personalidades más inteligentes del rock, guía a los lectores a través de un viaje desgarrador por el corazón oscuro de una de las bandas más notorias de la historia del rock and roll.

ÍNDICE

Nota del autor

Prólogo

Primera Parte: Llamando a las puertas del cielo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Segunda Parte: Un golfillo de la calle

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Tercera Parte: Colgado

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Cuarta Parte: Miraba la noche y solo veía oscuridad

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Quinta Parte: Un buen día para morir

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Sexta Parte: Tú iluminaste la oscuridad, mi corazón arrasado

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Séptima Parte: Caer en pedazos

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Octava Parte: No se puede abrazar un recuerdo

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Agradecimientos

Sobre el autor

Notas

Para Marie Alice McKagan

Siguió y siguió camino abajo, hasta llegar a un bosque oscuro, donde se ocultó y lloró como si se le rompiera el corazón. ¡Ah, qué dolor, qué desesperación, cuando la tumba de la memoria se abrió y los fantasmas de su antigua vida vinieron a fustigarlo!

UPTON SINCLAIR, *La jungla*

NOTA DEL AUTOR

Quizá mis amigos y excompañeros de banda no guarden el mismo recuerdo que yo de algunas de las historias que aquí comparto. Pero es que he llegado a comprender que una historia siempre tiene muchos ángulos. Estas son mis historias. Esta es mi visión. Esta es mi verdad.

DUFF MCKAGAN

PRÓLOGO

Agosto de 2010

Morty, el DJ, está parado tras una mesa del jardín. Los anémicos rayos de este sol del atardecer californiano se deslizan sobre las tejas de estilo colonial de la casa de una planta que comparto con mi mujer, Susan, y con nuestras dos hijas, Grace y Mae. Frente a la mesa del DJ se extiende un pequeño entablado de madera pulida, una pista de baile portátil que hemos alquilado junto con algunas sillas y mesas.

Morty repasa las canciones que lleva en su ordenador, manipula su consola MP3 y comprueba el cableado que lo conecta todo con el amplificador y los altavoces. Se prepara para la fiesta. Conozco a Morty de otros eventos que se han celebrado en la ciudad. En muchos guateques modernos acabo sintiéndome como el tontaina entrado en años y, a veces, lo más cómodo es ponerse a hablar de música con el DJ.

Hoy, sin embargo, en esta tarde que ya da paso al crepúsculo de Los Ángeles, resulto aún más incongruente de lo que suelo ser. O por lo menos no se me recibe con los brazos abiertos. Hoy Grace cumple trece años y le hemos organizado una fiesta. Grace ya nos ha dicho a mí y a su madre que no debe vernos nadie. Sus palabras exactas: «Vosotros *no* estáis invitados».

Ah, qué bonito es ser padre.

Aun así, hoy Susan y yo hemos tirado la casa por la ventana. A esa edad, cumplir años es todo un acontecimiento. Recuerdo cuando cumplir dieciocho años se consideraba un hito. Sin embargo, incluso a esa edad yo lo celebré invitando tan solo a unos pocos amigos y miembros de la familia. En parte tiene que ver con las diferencias socioeconómicas entre mi infancia y la de mis hijas. Ahora vivimos en un barrio mucho más acomodado que aquel en el que yo me crié. Cuando puedes pagar más, haces más, y los chavales de un barrio como este «adquieren» una serie de necesidades. Así que, además del DJ, tenemos un fotomatón y un puesto de tatuajes de jena.

Otro motivo por el que no hemos reparado en gastos es que sospechamos que esta podría ser la última vez que Grace, la mayor de nuestras dos hijas, va a querer celebrar una fiesta en casa. Ay, Dios.

A veces, preparar esta fiesta ha sido un poco desconcertante. Cuando llamé a la empresa que alquila los fotomatonés, lo primero que me preguntaron fue: «¿Qué tema va a querer para el papel fotográfico?».

¿Cómo?

«Sí, la máquina expulsa unas tiras de papel con cuatro fotos pequeñas, tipo pasaporte, en cada una. Se puede poner texto en los lados.»

No perdí el tiempo en informarme. En esas tiras de fotos pondrá: «Fiesta del trece cumpleaños de Grace».

Ahora ha llegado el día de la fiesta, y yo compruebo que esté todo preparado. La mujer de la mesa de tatuajes de jena ha sacado su libro de muestras y se ha acomodado en una silla. Le llevo un vaso de agua. Miro con avidez la mesa de la comida, donde se extiende todo lo necesario para disfrutar de un delicioso banquete mexicano. La encargada del *catering* está sacando tortillas mexicanas de confección casera de un caldero de aceite. También hay un puesto de helado. Me encanta el helado. Va a ser una fiesta brutal.

Morty pone «Controversy», el tema de Prince, y sube el volumen del amplificador hasta niveles de fiesta. Le doy un grito a Susan. Cuando ella sale al jardín y se acerca a mí, yo la arrastro hasta la pequeña pista de baile y empiezo a contonearme. Un dato poco conocido sobre los miembros del primer Guns N' Roses: bailamos. Los sinuosos culebreos de Axl son de sobra conocidos, claro, pero pocos saben que Slash es todo un bailarín ruso a la hora de agacharse y echar las piernas al aire. Y yo, pues...

«¡Papá!», grita Grace.

Me detengo en pleno paso y me vuelvo a mirarla.

«¡Están a punto de llegar!»

Se muere de vergüenza. Y aún no han llegado.

Que sí, que sí, que lo entiendo. Es una adolescente. No hay más.

Cuando empiezan a llegar los amigos de Grace, ella vuelve a recordarnos que está prohibido salir al jardín durante la fiesta. Los padres a esta edad dan mucha vergüenza, parece. Pues vale. Cuando empieza a animarse el festejo, me asomo por la puerta trasera y veo pequeños grupos de niños y niñas juntos, sonriendo, riendo con timidez. Algunos ya casi parecen adultos. Uno de los chicos es casi tan alto como yo.

Al cabo de una hora, más o menos, pienso que *no tengo más remedio* que llevarle un vaso de agua al chico del fotomatón, ver cómo le va a la tatuadora y comprobar que todo el mundo se esté comportando. Porque yo soy responsable de estos chavales. Y además, el DJ es amigo mío. O sea, que tengo que ir a visitarle. Y la comida tiene buena pinta. Así que tengo que llevarle un plato a Susan. Y ya de paso, me sirvo yo uno.

No es espiar, me digo mientras cruzo la puerta que lleva al jardín. En absoluto. Es responsabilidad de padre. Exacto.

¿Voy ahora a por el helado o vuelvo luego?

Al doblar una esquina ciega de la casa, me paro en seco, anonadado: un niño y una niña se están besando.

Oh, mierda.

Me paro en seco. No sé qué hacer ni qué decir.

Esto no me lo esperaba.

Mi mente repasa una lista de cosas que ni siquiera sabía que llevaba en la cabeza. Es una lista de las cosas que yo hacía a esa edad... y al mismo tiempo una lista de las cosas que como padre no quiero que haga en mi jardín un grupo de niños que tengo a mi cargo.

¿Están bebiendo?

No.

¿Fumando marihuana?

No.

¿Tomando ácido?

No.

Yo empecé a fumar marihuana a muy corta edad: cuarto de primaria, para ser exactos.^[1] Bebí alcohol por primera vez en quinto, probé el LSD por primera vez en sexto, cuando un chico de octavo me ofreció papel secante de camino a mi colegio de Seattle, la Eckstein Middle School. En el noroeste crecían hongos por todas partes: en los aparcamientos, en los jardines de las casas, en cualquier sitio. Y yo no tardé en descubrir con cuáles te colocabas. En séptimo ya era un experto en distinguir los bonguis de las setas que no servían para fliparse. En séptimo, esnifé coca por primera vez. En la *middle school*, el primer ciclo de secundaria, también probé la codeína, la metacualona y Valium. En la década de los setenta, la idea del consumo infantil de drogas no estaba totalmente estigmatizada. No se advertía del peligro en todas partes.

Y luego me metí en la música. En Seattle, el primer brote del movimiento punk rock fue bastante modesto. Nos conocíamos todos. Uno tocaba en las bandas de los demás y viceversa. Yo solo tenía catorce años cuando empecé a tocar la batería, el bajo y la guitarra en distintos gru-

pos, y me fui de gira con los Fastbacks a una edad en la que otros chicos de mi clase se dedicaban a comer algodón de azúcar y soñar con el día en que alcanzaran la edad de sacarse el carnet de conducir. Bebía cerveza a raudales y experimentaba con el LSD, las setas y la cocaína.

¿Estos niños están tomando setas?

No.

¿Cocaína?

No.

Hasta que en algún momento de 1982, cuando la escena musical empezó a expandirse y Seattle se vio golpeada por la crisis económica, todos notamos la irrupción de la heroína y las pastillas. En mi círculo de amigos se disparó el número de toxicómanos. Las muertes por sobredosis estaban a la orden del día. Asistí a mi primera sobredosis cuando tenía dieciocho años. Vi marchitarse al primer amor de mi vida a causa de la heroína. Vi a mis bandas musicales implosionar por su culpa. A los veintitrés años había visto morir a dos de mis mejores amigos de sobredosis de heroína.

¿Heroína?

No.

Gracias a Dios.

Estos chavales no se están drogando. No están bebiendo. Aquí no hay olores reveladores. No hay pupilas dilatadas.

Mi memoria repasa otras actividades que yo ya practicaba a la edad de Grace.

Mis mejores amigos y yo empezamos a hacerles puentes a los coches en el primer ciclo de secundaria. De los robos de coches pasamos al allanamiento. Recuerdo que una noche entré en una iglesia con la esperanza de hacerme con unos micrófonos para mi grupo musical. A esa edad, el alcohol me daba un valor que no tenía conciencia. Como no encontré ningún micrófono, arramblé con